

Telón de temporada

MAURO
ARMIÑO

Cuando ya parecía que la temporada había pasado casi en balde, han llegado las sorpresas: si no puede calificarse con ese término el tercer montaje de José Tamayo de una obra clave de la posguerra, *Calígula*, de Albert Camus, sí lo merece en cambio una obra reciente del norteamericano David Mamet, que por suerte viene apareciendo, junto con Sam Seppard, en los últimos tiempos sobre los escenarios (y en las pantallas, como guionistas). Este representante del teatro último estadounidense, arraigado en la estirpe del teatro realista de los Miller, Williams, etc., hace en *Oleanna* un ejercicio de escritura directamente relacionado con la realidad más inmediata de su país, que también apunta entre nosotros: la distorsión del *politically correct*, la fácil manipulación de la palabras y de los gestos, la prepotencia de un feminismo que pretende vengarse de la condición a que estuvo sometida en el pasado la mujer, aprovechando hasta las heces los privilegios que le conceden las leyes. Santiago Ramos y Blanca Portillo (Teatro María Guerrero), dirigidos por José Pascual, dan vida a un profesor y a

TEATRO

una alumna que juegan con el lenguaje, con la incomprensión y, en el caso de ella, con las amenazas con que asalta el poder que representa, en última instancia, el profesor. Hasta el punto de lograr que cambie de manos: es ella quien termina por tenerlo — con sus denuncias, aunque falsas, verosímiles— ante la autoridad académica. Obra excelente, sin personajes monolíticos —y menos que nadie el profesor, poseedor de una verdad asaltada y de unas ambiciones personales que contradicen su ética predicada, salvo en el desenlace—, con una intencionalidad nítida de plantear problemas ¿fe envergadura en el ámbito de la vida profesional y privada de cada individuo, y, como metáfora, en la vida de la sociedad. Con *Calígula* no se descubre una obra: Tamayo la ha revisado por tercera vez encargando el imponente personaje teatral del cesar romano al joven Luis Merlo (quien tuvo en José María Roderó y en Imanol Arias sus antecesores), acompañado en el reparto por Pedro M.^a Sánchez, M.^a

Jesús Sirvent y Jesús Cisneros. En esta ocasión, Tamayo ha reintroducido algunas tiradas que la censura suprimió, en los 60, del texto camusiano, aún con fuerza suficiente para plantear el problema de la omnipotencia del poder y de la felicidad de los hombres. Obra clave de las décadas dominadas por el existencialismo —aunque puede discutirse la adscripción de *Calígula* a esa corriente de pensamiento—, hoy sigue, si no viva, al menos ejemplarizante, como muestra de un teatro de alta calidad textual, capaz de trascender el esquematismo escénico.

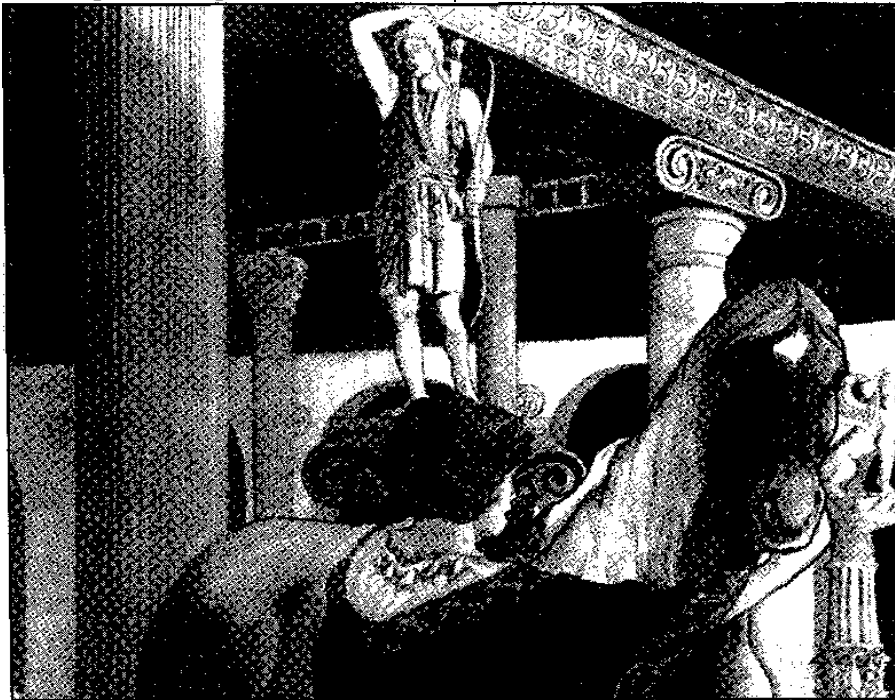
Caricias, del joven catalán Sergi Belbel, ha servido para el cierre —¿definitivo?— de la Sala Olimpia: el interesante dramaturgo planta sobre escena una serie de cuadros con personajes que se suceden en ronda para mostrar duros "trozos de vida", coloreados por un lenguaje crudo e invadidos por los habitantes de la marginación, la miseria y el hambre. Interesante estructura, que sigue el esquema de *La ronda*, de Arthur Schnitzler, y que ya había tenido alguna muestra en la narrativa española, por ejemplo en la novela *La noria*, de Luis Romero, que ganó con ella el Premio Nadal de 1952. Jorge de Juan, Milena Montes, Alicia Agut, Antonio Canal, Pepe Martín y Lola Mateo desempeñaron los principales papeles. *Caricias* ha cerrado ese escenario de forma, si no brillante, al menos llena de interés, mucho más que el que ha ofrecido el Centro de Nuevas Tendencias durante su

vida, con una cartelera difusa, confusa y escasas aportaciones al teatro español; tal vez las "nuevas tendencias" no poseían peso, o desde los organismos ministeriales se hizo un canto excesivo de una supuesta vanguardia local hecha de antiguallas foráneas. Como remate, en el María Guerrero la compañía catalana "Dagoll-Dagom" celebraba sus casi veinte años de existencia con una especie de recopilación antológica de fragmentos de sus siete montajes, desde *No hablaré en clase*, de 1977, hasta *Flor de Nit*, de 1992, pasando por *Antuviaria*,

TEATRO

«El panorama no puede resultar más sombrío. Y las gentes del teatro empiezan a preguntarse cuál es su papel en esta sociedad y hasta qué límite pueden cumplirlo.»

cómicos y gentes del teatro: si el glorioso y prestigiado Théa tre National Populaire francés, al que Antoine Vitez convirtió en los últimos años de su vida en inexcusable punto de referencia, sufre problemas económicos que amenazan su desaparición (con figuras como Levaudant y Roger Planchón al frente), ¿qué amenazas no se cernirán sobre el español? En el momento del cierre de *Cuenta y Razón*, el Ministerio de Cultura aún no ha anunciado oficialmente los planes que tiene para los teatros públicos, María Guerrero, Teatro de la Comedia, Sala Olimpia; migajas que se oyen acá y allá hablan de una renovación total, de un cambio de "modelo" de producción teatral que admite, por fin, el calificativo de callejón sin salida a que lo llevó el diseño hecho en su día por el primer director general de Teatro del PSOE, José Manuel Garrido. La provisionalidad de la situación política en ciernes, la precariedad en que ha vivido la escena estos últimos años, la conclusión de los contratos de varios de sus directores y equipos, la inexistencia de un grupo generacional de dramaturgos capaz de sintonizar con los problemas de la realidad del país y con un público interesado en ellos, y las dudas hamletianas que asaltan al Ministerio de Cultura, que quizá sabe más lo que no quiere que lo que quiere —a lo que habría que unir la rebaja de los dineros públicos para el teatro por mor de la crisis económica—, el panorama no puede resultar más



Con *Calígula* no se descubre una obra: Tamayo la ha revisado por tercera vez encargando el imponente personaje teatral del César romano al joven Luis Merlo.

sobre textos de Pere Calders, *Noche de San Juan*, *Glups*, *El Mikado* y *Mar y Cielo...* El espectáculo debía entenderse como un homenaje que "Dagoll-Dagom" se hacía a sí misma; y también como la flor de un día de la nostalgia. Inclasificable como espectáculo, pero *Historietas*, que

así se titulaba la recopilación, servía para ver la evolución técnica, musical y textual de un grupo que figura entre los renovadores del teatro español de finales de los 70 y la década de los 80. Cerrada, pues, la temporada, la incógnita de la que se avecina es lo que mantiene en vilo a los

sombrío. Y las gentes del teatro empiezan a preguntarse cuál es su papel en esta sociedad y hasta qué límite pueden cumplirlo.